

Diálogo con Simone de Beauvoir: *El segundo sexo* (I)

Leybiz González González*
Universidad de Huelva, España

Recibido: 25 de enero de 2013

Aceptado: 22 de marzo de 2013

Dialogue with Simone de Beauvoir: *The second sex* (I)

Palabras clave:

Simone de Beauvoir, Feminismo,
Ética, Política.

Resumen

El presente artículo reflexiona sobre una de las obras cumbres del pensamiento feminista: *El segundo sexo. Los hechos y los mitos* (Vol. I), así como sobre algunos de sus principales supuestos y aportes a la contemporaneidad. El recorrido a realizar abarca desde su concepción de la alteridad, la crítica a la biología, el psicoanálisis y el materialismo; la evolución histórica de las mujeres hasta la interconexión con el presente siglo. Sus páginas cuestionan, develan y denuncian con exquisita maestría el papel asignado a las mujeres en la sociedad, y con ello, la influencia de los valores culturales en la “construcción” de lo femenino. Sus luces han posibilitado un salto cualitativo en el análisis, visión y perspectivas en el estudio y comprensión ética y política de las mujeres, como también de su camino hacia la liberación.

Key words: Simone de Beauvoir,
Feminism, Ethic, Politic.

Abstract

This research focuses on one of the finest works of feminist thought, *The second sex. Facts and myths* (Vol. I), as well as some of its key assumptions and inputs to the contemporary. The tour begins from conception of otherness, the critique to the biology, psychoanalysis, materialism and the historical evolution of women up to the connection with the present century. Its pages question, reveal, denounce, with exquisite skill, the role assigned to the women in society, and thus, the influence of cultural values in the “construction” of the feminine. Their influence enabled a quantum leap in the analysis, insight and perspective in the study and understanding of female ethics and politics, as well as its path to liberation.

Referencia de este artículo (APA):

González, L. (2013). Diálogo con Simone de Beauvoir: *El segundo sexo* (I). En *Revista Educación y Humanismo*, 15(24), 184-195.

* Doctoranda en Género, Identidad y Ciudadanía, de la Universidad de Huelva, España. leybizglez@gmail.com

*La mujer no es una realidad inmutable,
sino un devenir*
(Simone de Beauvoir)

Introducción

Las referencias recibidas de mis amigas, especialmente, de mis profesoras¹ sobre el presente libro me dejaban la sensación de que este no me era completamente extraño. Sin embargo, una verdadera visita era cuestión obligada. Ahora, desde lo que pudiese descubrir mi mente, mis experiencias previas, mis oídos, razón y sentimientos todos. Fue así como lo tomé en mis manos por primera vez, *El segundo sexo. Los hechos y los mitos*. Fue un diálogo que inicié con ojos curiosos y con el corazón ávido de preguntas.

Nacida en Francia (1908-1986), Simone de Beauvoir fue escritora, novelista, filósofa, autodenominada feminista durante la gestación y consolidación de la presente obra², símbolo de rebeldía. Perteneció a una familia de la clase burguesa, en la que se destacó, desde muy temprana edad, por su curiosidad intelectual e inteligencia. Fue un desafío para su época, justamente, frente a las asignaciones socio-culturales que condenaban y naturalizaban la inferioridad de las mujeres.

Escrita en el siglo XX e inscrita en una perspectiva filosófica-existencialista, enriquecida con sus categorías e interpretaciones propias (Carro, 2002), esta es, y continúa siendo, una de las obras cumbres para el Movimiento Feminista. Fuente necesaria, según Romero (2001), para “comprender el puente entre el sufragismo y el feminismo radical de los años 70” (p. 73). Contexto marcado, previamente, por la lucha de las mujeres en la reivindicación por los derechos a la educación y el sufragio; así como por los efectos de la Segunda Guerra Mundial.

La obra en cuestión está compuesta por 319 páginas y su contenido está distribuido en tres partes esenciales: *Destino*, en la que la autora realiza un análisis crítico de las concepciones ofrecidas por la biología, el psicoanálisis y el materialismo histórico; y su insuficiencia teórica para entender y explicar la condición femenina. *Historia*, dedicada extensamente a la evolución de la historia de las mujeres, en la que abarca una profunda y argumentada reflexión acerca de la condición femenina en diferentes épocas y países, tanto del Oriente como de Occidente, para luego detenerse específicamente en Francia. *Mitos*, la tercera y última, aborda los estereotipos, ritos, creencias que se configuran en los mitos femeninos para legitimar y reproducir la dominación y cultura patriarcal.

Interrogantes como: ¿cuáles son las causas de la opresión y sujeción de las mujeres?, ¿cuál ha sido su historia?, ¿cómo se ha perpetuado y evolucionado a lo largo de los siglos?, ¿qué ha hecho

1. Referidas al Máster de Género, Identidad y Ciudadanía, Universidad de Huelva (2010-2011).
2. Consultar video: “Simone de Beauvoir. No se nace mujer”. Disponible en: <http://youtu.be/DTmgQ3h447E> (consultado el 1 abril de 2010). También se encuentra expuesto entre los materiales de consulta de la asignatura Introducción al pensamiento feminista y a la historia de las mujeres del Máster de Género, Identidad y Ciudadanía, Universidad de Huelva (2010-2011).

la humanidad de la hembra humana?, ¿por qué y quiénes la han definido así?, transitan durante toda su obra e insisten en obtener respuestas.

Develar los planteamientos fundamentales de esta teórica del pensamiento feminista se convirtió en la brújula orientadora de mi búsqueda, no solo intelectual, sino también filosófica, ética y política. De manera que posibilitara no únicamente mi comprensión del mundo, del amplio universo de las mujeres y sus luchas; de sus avances y retrocesos; sino además, mi papel activo en la transformación de la realidad social en la que vivo.

Es muy difícil resumir en pocas páginas este denso e impresionante libro de Simone de Beauvoir, por lo que solo me he limitado a exponer algunos de los elementos más interesantes y aportadores para mí, fruto del aprendizaje de este diálogo sumamente enriquecedor.

La mujer como lo *Otro*. La alteridad

Una de las cuestiones centrales de su análisis es el descubrimiento de las causas por las cuales la mujer se convierte en lo *Otro*. Es así que la categoría de alteridad está presente en toda su obra. En este sentido, la autora la plantea como una de las características fundamentales del pensamiento humano: “ninguna colectividad se define nunca como Una si no coloca inmediatamente a lo Otro enfrente de sí” (De Beauvoir, 1949:13). Y, en el caso de las mujeres, su existencia es determinada y diferenciada en función del hombre y no viceversa, razón por la cual la mujer es considerada en su relación como “lo inesencial. Él es

el sujeto, él es lo Absoluto: ella es el Otro” (De Beauvoir, 1949:12). De esta manera, el hombre es lo esencial, lo Uno, la actividad y la acción; lo trascendente, mientras que la mujer es lo inesencial, la pasividad, lo intrascendente, destinada y hecha para los otros; lo secundario, lo *Otro*.

Desde una perspectiva existencialista, la autora plantea que, desde tiempos históricos, comenzando en las hordas primitivas, aun cuando el hombre le temía a la naturaleza y no tenía a su disposición los medios para dominarla, ya en él había un deseo intrínseco de liberación, esto es, de trascendencia, según lo cual ya la mujer, en cierta manera, estaba destinada a ser la dominada, pues “el hombre no podía cumplirse si no empezaba por destronarla” (De Beauvoir, 1949:102).

El hombre, a criterio De Beauvoir (1949), se realiza como existente en la medida que se plantea fines y se proyecta continuamente hacia ellos, a su cumplimiento. “Expresa su poder en este acto de hacer suyas las riquezas, apropiarse del mundo” (p. 91). Justo aquí se trasciende y se reconoce como humanidad.

En su lugar, la hembra ya no es movimiento en sí de esta trascendencia, sino que está destinada al mantenimiento de la especie. La maternidad implica funciones naturales y no le otorga el mérito de la acción. Por tanto, los trabajos domésticos la encierran en esta repetición. Según De Beauvoir (1949), el plan del hombre no es repetirse en el tiempo sino trascender, dominar, conquistar, reinar; “él modela la faz del mundo,

crea instrumentos nuevos, inventa y forja el porvenir” (p. 90). Justamente en este accionar, el hombre ha creado nuevos valores en beneficio de su proyecto, asegurando a la mujer la posición del *Otro*: “El hombre asegura la repetición de la vida por la existencia, y por medio de esa superación crea valores que niegan todo valor a la pura repetición” (De Beauvoir, 1949:90).

En este sentido, la construcción de significados, la conceptualización de lo que es valioso, superior o loable; los valores adquieren una importancia vital para la expansión, la soberanía y el dominio masculino, pues este ha constituido su existencia misma como un valor, “la ha hecho triunfar sobre las formas confusas de la vida, y ha esclavizado la Naturaleza y a la Mujer” (De Beauvoir, 1949:92).

Su análisis echa por tierra las propuestas de Baschoffen y Engels sobre un “verdadero reinado de las mujeres” en tiempos remotos. Aunque la historia cuenta de sociedades que guardan mitos, esculturas, monumentos y tradiciones en las que la mujer es lo esencial, donde mantenía una situación y posición importante, esto es para De Beauvoir (1949) solo un mito. Ella sostiene en su obra que: “La sociedad ha sido siempre macho: el poder político o simplemente social ha estado siempre en manos de los hombres” (De Beauvoir, 1949:97).

Defiende así la construcción del mundo en sus inicios, desde una óptica patriarcal dominada por los hombres; y deja por sentado que no es tal “la gran derrota del feminismo” cuando se

refiere al paso histórico del matriarcado al patriarcado porque realmente nunca ha seguido tal evolución.

Otra manera de que pasaran las cosas y se desarrollara la evolución sería, según la autora, si el trabajo productor hubiese sido proporcional a las fuerzas de las mujeres, entonces, ella hubiera realizado la conquista de la naturaleza junto y a la par con el hombre, y ya no desde la posición del *Otro*.

Ahora bien, es interesante la reflexión que nos ofrece. La exclusión de la que es objeto la mujer no se explica por el hecho de ser la más débil y tener una capacidad productiva menor, esta inferioridad no basta para explicar su opresión y posición de “no ser”, inesencial, del *Otro*. Justamente, dice la autora, este elemento está relacionado con la percepción que el macho tiene de la hembra, de manera que “no reconocía en ella a un semejante porque ella no participaba de su manera de trabajar y pensar [...] dado que conservaba ante sus ojos la dimensión del *Otro*, el hombre no podía sino hacerse su opresor” (De Beauvoir, 1949:104). Se retoma en este punto la idea de la tendencia original inherente a todo ser humano: su necesidad y deseo de trascendencia arrebatados, en este caso, a las mujeres.

Una mirada crítica a la biología, el psicoanálisis y el materialismo

Según la autora, la biología es insuficiente para responder a la pregunta: ¿por qué la mujer es el otro? Las diferencias biológicas no explican por sí mismas la desigualdad y opresión de

un sexo sobre el otro. ¿Qué hace que el sexo femenino sea considerado como el más débil? Para la autora, “tal debilidad solo se revela a la luz de los fines que el hombre se propone, de los instrumentos de que dispone y de las leyes que se impone” (De Beauvoir, 1949:59).

Refuta, así, la idea de que este sea un orden natural e inamovible, “allí donde las costumbres prohíben la violencia, la energía muscular no podría fundar una dominación: hacen falta referencias existenciales, económicas y morales, para definir concretamente la noción de debilidad” (De Beauvoir, 1949:59). Los hábitos, fruto de los valores culturales, no pueden ser deducidos de la biología de los sexos, pues ellos obedecen a las costumbres: “El sujeto adquiere conciencia de sí mismo y se cumple solo como cuerpo, como cuerpo sujeto a determinadas leyes y tabúes; se valoriza en nombre de ciertos valores” (De Beauvoir, 1949:61). A la fisiología, plantea De Beauvoir, le es imposible fundar valores, que en esencia son elementos de la cultura donde nos insertamos.

Por otro lado, es interesante el análisis que realiza De Beauvoir (1949) sobre el “desarrollo” asignado a la mujer por el psicoanálisis. En este sentido, son la “virilidad”, el pene o falo las fuentes sobre las que se erige el poderío (nuevamente masculino), y justo ello, la raíz de los conflictos, a partir de lo cual, se desarrolla una inevitable inferioridad femenina. Una fuente de tensión constante que puede provocar la neurosis o posibilitar la realización de sí mismas a través de “la sumisión amorosa” (p. 67).

A esta lógica de pensamiento, De Beauvoir (1949) reacciona cuestionándose el hecho de que esta es una comprensión desde un patrón meramente masculino, su copia. El cual da por sentado que la mujer desea poseer un pene, y su ausencia es la causa de frustración y sufrimientos. Como plantea la autora, ya aquí la mujer “se siente un hombre mutilado” (p. 65). Se muestra una mujer a la que han cercenado sus aspiraciones, vivencias, intereses, su subjetividad; a la que se ha considerado “inferior por naturaleza”, destinada (como paso previo para su realización propia) a la sujeción y el dominio masculinos. Prevalece la supremacía del macho, sus valores y, por tanto, la sexualidad femenina no ha sido comprendida en su real dimensión.

Otro punto susceptible a la crítica es el relacionado con los móviles del comportamiento humano, el cual queda suscrito, únicamente, al plano sexual. La autora hace alusión al carácter absolutista y determinista de la conducta por dicho método, en la que se rechaza toda idea de la implicación de las decisiones humanas así como de la noción de valor que le es inherente.

De Beauvoir (1949), en su comprensión de la sexualidad como parte de nuestra existencia, nos anima, dejando a un lado su carácter inminente y determinista, a descubrir las posibles significaciones que se dan, necesariamente, en estas relaciones de sexualidades y cuerpos sexuados. Así como a disentir de la interpretación de la realidad a través de símbolos netamente sexuales. Se cuestiona, pues, la idea de “universalidad” de estos datos y nos remite, de nuevo, a la ex-

plicación de la conducta humana por medio del contexto histórico, fuera del cual, según plantea, el psicoanálisis no podría encontrar adecuadas respuestas. Justo en este punto fracasa el psicoanálisis en la explicación de por qué la mujer es el *Otro*.

Con igual criticidad, De Beauvoir nos invita a un diálogo con las tesis planteadas por Engels (1970) en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, en el que se cuestiona la perspectiva que explica el autor sobre la historia y la opresión de las mujeres, haciéndolas depender, exclusivamente, de la evolución de los instrumentos de trabajo. Visión meramente economicista, en la cual se fundamenta su principal crítica.

En este sentido, la propuesta defendida por Engels sobre el surgimiento de la dominación masculina, la propiedad privada y la familia patriarcal como consecuencia del descubrimiento de los metales, la sofisticación de los instrumentos de trabajo, la aparición del arado y el desarrollo intensivo de la agricultura, resulta claramente insuficiente para explicar la historia de las mujeres y su situación de opresión.

Si bien este marco interpretativo, a diferencia de la biología y el psicoanálisis, muestra un progreso al referirse a uno de los aspectos explicativos más importantes: el paso del régimen comunitario a la propiedad privada, a criterio de la autora, sin embargo, deja sin analizar la manera en que ello pudo efectuarse y en qué modo pudo conllevar a la sujeción y opresión de la mujer:

El materialismo histórico da por aceptados muchos hechos que habría que explicar: plantea, sin discutirlo, el vínculo de interés que adhiere el hombre a la propiedad, pero ¿dónde se origina ese interés, fuente de instituciones sociales? De ese modo, la exposición de Engels es superficial, y las verdades que descubre resultan contingentes (De Beauvoir, 1949:79).

Si, como plantea Engels, las sociedades primeras eran igualitarias³, se interroga la autora: ¿por qué las riquezas y la propiedad privada pasaron a manos de los hombres?, ¿por qué ellos ocuparon el dominio y las mujeres fueron despojadas de sus derechos?

A criterio de De Beauvoir (1949), quien procura sortear el vacío teórico dejado por Engels, ello únicamente puede ser explicado por una tendencia original del ser humano: esto es, la enajenación, la búsqueda del individuo a través del mundo bajo una figura extraña de la que se apropia. “[...] En esas riquezas que son suyas, el hombre se encuentra a sí mismo porque se ha perdido en ellas; y así se comprende que pueda acordarles una importancia tan fundamental como a su vida misma” (p. 80). El hombre, por tanto, se enajena en la tierra, las posesiones, las riquezas, las mujeres; igualándolas como posesión a su propia vida, de manera que si las pierde es como si perdiera su vida. Puede ser com-

3. Se refiere a la Edad de Piedra, “en tanto el hombre caza y pesca, la mujer permanece en el hogar, pero las tareas domésticas abarcan un trabajo productivo: fabricación de alfarería, tejido, jardinería [...]” (Engels, 1970:77).

previsible el interés del hombre por la propiedad, razón por la cual, defiende la autora, no basta explicarla únicamente por el instrumento de trabajo sino que “hay que captar toda la actitud del hombre armado con un instrumento de trabajo, actitud que implica una infraestructura ontológica” (De Beauvoir, 1949:80).

Dicha lógica conduce a la autora a cuestionar la posibilidad de deducir la opresión de la mujer de la propiedad privada, tal y como lo planteaba Engels. Por el contrario, esta se debe, fundamentalmente, a una consecuencia del “imperialismo de la conciencia humana”, tendencia que, sobre todo, busca la trascendencia y la soberanía.

Si la relación original del hombre con sus semejantes fuese una relación de amistad, reflexiona, no sería posible explicar ninguna clase de sujeción. Ello solo se comprende desde cierta perspectiva con respecto a la objetivación de la mujer y su percepción como el *Otro*, previa a la propiedad privada. Opina De Beauvoir (1949), “si no hubiese en ella la categoría original del *Otro*, y una pretensión original de dominarlo, el descubrimiento del instrumento de bronce no hubiera podido provocar la sumisión de la mujer” (p. 81).

Por tal motivo, es necesario ver a los hombres y a las mujeres no como entidades económicas sino como seres humanos integrados a la totalidad de la realidad misma, la sexualidad expresada por el psicoanálisis y la técnica defendida por el materialismo, por sí solas, no pueden explicar nada.

Para descubrir a la mujer, dice De Beauvoir (1949), no debemos rechazar algunas de las contribuciones de la biología, el psicoanálisis y el materialismo:

El cuerpo, la vida sexual, y las técnicas no existen para el hombre sino en cuanto este las capta en la perspectiva global de su existencia. El valor de la fuerza muscular, del falo, o de la herramienta, no podrían definirse sino en un mundo de valores: ese valor es determinado por el proyecto fundamental del existente, que se trasciende hacia el ser (p. 83).

Nuevamente es apuntada la importancia de las culturas, las situaciones socioeconómicas y los valores que dibujan las sociedades para la comprensión de las mujeres.

La evolución histórica de las mujeres

De Beauvoir (1949) describe la diversidad de formas y expresiones en las que se manifiesta el patriarcado. La sumisión, objetivación y opresión que sufren las mujeres bajo el tamiz que le imprimen las culturas, las regiones, las épocas y los países, en las que “las costumbres y tradiciones le asignan papeles diversos” (p. 179). En tales relaciones se percibe y concibe a la mujer desde una valorización masculina. Sus maneras de vivir, ser y comportarse les son asignadas en cada una de las realidades económicas y sociales a las que pertenecen.

La evolución de la condición de la mujer es explicada por la confluencia de dos factores: su

participación en la producción y la liberación de la esclavitud de la reproducción. Sin embargo, su incidencia en la vida pública ha creado una dificultad hasta el momento no resuelta, comenta De Beauvoir (1949), “la familia se presenta como la célula social elemental, y la mujer es trabajadora y ama de casa al mismo tiempo” (p. 172).

En este sentido, De Beauvoir (1949) sostiene la inexistencia de una “igualdad verdadera” (p. 178) para la mujer. Uno de los ámbitos donde primero se evidencia este hecho es en el espacio doméstico. El cuidado de los hijos, las labores del hogar siguen siendo una carga más pesada para la mujer que para el hombre, siéndole más difícil a las mujeres armonizar la vida familiar con la laboral. Incluso, expresa De Beauvoir (1949), le son negados el disfrute y el ocio, “las pocas compensaciones que el hombre encuentra de tanto en tanto en la vida social” (p. 180), ellas no conocen descanso.

Otra de sus desventajas se muestra en el ámbito público. Por un lado, aumentan las exigencias sociales referidas al “aspecto y la elegancia” que le adicionan una nueva carga, y por otro, le son limitadas las oportunidades para insertarse en el espacio laboral y desarrollarse así como sujetos independientes. En la mayoría de los casos, expresa De Beauvoir (1949), son las mujeres las peor pagadas, recibiendo salarios insuficientes, muy inferiores en comparación a los recibidos por los hombres aunque se trate de iguales jornadas de trabajo: “La circunstancia de que es una recién llegada al universo de los hombres le da menos posibilidades de éxito” (p. 180).

En este sentido, las circunstancias encarnadas en un contexto social específico siempre han sido, según la autora, un obstáculo para las mujeres, pues estas les han impedido su libertad y expresión trascendente, relegándolas a los segundos planos, “la insignificancia histórica de las mujeres no ha sido determinada por su inferioridad, sino que su insignificancia histórica las ha destinado a la inferioridad” (De Beauvoir, 1949:177). Los éxitos que han alcanzado algunas mujeres en épocas pasadas, expresa la autora, son raros, limitados y verdaderos privilegios, lo que demuestra, precisamente, el peso y la importancia de las circunstancias, “en ningún dominio la mujer tuvo nunca sus oportunidades” (p. 178). Esto hace parte del dominio cultural, de los valores asignados en cada sociedad y época, que incluyen los comportamientos, pensamientos y las expectativas construidas para uno y otro sexo.

Para De Beauvoir (1949), a pesar del tiempo, las viejas tradiciones continúan esbozándose, el mundo se mantiene en las manos y el poder de los hombres, “sobreviven en gran parte las instituciones y valores de la civilización patriarcal” (p. 178). Los valores que predominan sobre la mujer aún la relacionan con la inferioridad, el sentimiento, la pasividad, la maternidad, el hogar, la familia, la posición del *Otro*; todo lo cual se conserva y legitima a través de mitos y rituales creados culturalmente, entre ellos, el de la mujer madre y buena esposa; la virginidad, la sexualidad, la mujer como maga, la “necesaria” belleza femenina. Así, expresa, “se abren a las mujeres las fábricas, las oficinas y las Facultades, pero

se sigue considerando que el matrimonio es para ellas una de las carreras más honorables, que las dispensa de toda otra participación en la vida colectiva” (De Beauvoir: 181).

La religión, en todos los casos, es presentada como un mecanismo que legitima y reproduce el dogma de opresión, hostilidad y sujeción de las mujeres al poder masculino; la idea de la familia y el matrimonio como el don más preciado para ellas, la inferioridad contada en las páginas de la Biblia, la imposibilidad del divorcio son muestras de ello. A raíz de ello se presentan numerosos antifeministas y adeptos a estas ideas, principalmente hombres, cuyo único fin es la persistencia de la supremacía y la hegemonía masculina.

A criterio de De Beauvoir (1949), el feminismo nunca fue un movimiento autónomo sino que, en parte, constituyó un instrumento en manos de los políticos. Su evolución fue lenta, colmada de avances y retrocesos, especialmente por la falta de unidad y solidaridad entre las mujeres, como expresara De Beauvoir (1949), pues estas estaban más comprometidas con su clase que con su sexo, “las mujeres no son solidarias en función del sexo, pues antes se sienten ligadas a su clase: los intereses de las burguesas, y los de las mujeres proletarias no se mezclan” (p. 164), lo que originó las debilidades al interior del movimiento.

Sin embargo, este también fue un camino de luchas, en algunos lugares más arduas que

en otros, en las que se expresaron las reivindicaciones femeninas, primeramente por los derechos a la educación e instrucción femeninas; la inserción en la vida social y política; y más tarde por el derecho al voto, conquista femenina sumamente importante, pero no la única. Su reivindicación, sostiene De Beauvoir (1949), no consiste en ser exaltadas en su feminidad sino que “en ellas mismas, tanto como en la humanidad en conjunto, la trascendencia se imponga sobre la inmanencia” (p. 178).

La toma de conciencia de sí mismas, de su existencia y su papel transformador, a lo que se le agrega, la oportunidad de liberarse de las sujeciones del matrimonio a través del trabajo determinan, según la autora, una actitud diferente de la mujer y nuevas posibilidades para salir de la sujeción y opresión destinadas por siglos; sin embargo, reconoce también: “necesitará un esfuerzo moral mucho más grande que el macho para elegir el camino de la independencia” (De Beauvoir, 1949:182).

A modo de conclusiones: Una interconexión necesaria

El segundo sexo es, sin duda, una ardua investigación que cuestiona, devela, denuncia el papel asignado a las mujeres en la sociedad. Sus luces han posibilitado un salto cualitativo en el análisis, visión y perspectivas en el estudio y comprensión de las mujeres, así como su camino hacia la liberación. Como dijera Carro (2002), es un legado que ha trascendido a su propia época, “afectando las modulaciones contemporáneas de la teoría feminista” (p. 14).

Es impresionante el exhaustivo recorrido realizado a través de la literatura, la historia, la filosofía, la antropología, para argumentarnos con rigor la condición a la que estaban sujetas las mujeres y cuál ha sido su evolución en el tiempo. En andadas intelectuales que, muy bien armonizadas, van desde diversos países de Oriente y Occidente, centrándose luego en Francia; así realiza una profunda investigación y disertación de maestría sorprendente.

De sumo interés resultaron los elementos aportados para cuestionar y dialogar con otras propuestas teóricas y metodológicas, las cuales carecen del análisis y la comprensión desde una perspectiva de las mujeres, sus vivencias y realidades específicas. A través de sus páginas, De Beauvoir (1949) reivindica lo distintivo, diferente, particular de las mujeres, la significación de los valores, los elementos sociales y económicos que moldean, construyen, determinan su percepción como lo *Otro*; sujetándolas “irremediablemente” a diversas situaciones de opresión. En ello, me ha resultado reveladora su comprensión desde una óptica filosófica existencialista, quizás por eso un poco más difícil de entender aunque de carácter peculiar y aportador.

Por otro lado, De Beauvoir (1949) nos ofrece una nueva categoría de análisis a través de la cual se tejen y destejen siglos comunes de opresión y dominación: la mujer. Desde sus múltiples espejos se remonta al pensamiento para descubrirla desde nuevas perspectivas, especialmente, como sujeto activo y transformador. De Beauvoir nos

facilita el camino de la toma de conciencia y la implicación ética y política que nos atañe a las mujeres. Por un lado, ofrece la oportunidad de explicaciones, descubrimientos y resignificaciones de lo femenino y, por otro, devela los estigmas, mitos y construcciones culturales que nos dominan y sujetan, con la convicción de que una de las maneras para disponernos al cambio es visibilizando estas realidades. En ello, la presente obra tiene un aporte esencial.

Diversas autoras han escrito sobre estos elementos, en las que de una manera u otra, algunas incluso sin confesarlo, está inscrito, como dijera Amorós (2001), la herencia de la madre, entre ellas: Cixous (1995), Lagarde (1996), Sau (2000), y posiblemente muchas más.

Sin duda, es esta una obra que contiene una actualidad sorprendente, aunque fue concebida hace más de 60 años, todavía persisten los hábitos, introyecciones y valores propios de una cultura androcéntrica. Realidades en las que se encarnan diversos grados y expresiones en las que sobreviven los mitos, estereotipos, discursos, instituciones, situaciones económicas y sociales que perpetúan y legitiman la condición de inferioridad femenina, su exclusión y franca desventaja en el ámbito público y privado. La obra de De Beauvoir nos alumbró el camino de su comprensión, sin embargo, coincido con Amorós (2001) en que la autora francesa ha sufrido diversos matricidios a lo largo de la historia, ella ha sido la fuente principal de la que se ha nutrido el pensamiento feminista y los estudios de géne-

ro, pero no siempre es reconocida en su totalidad y justa dimensión.

En este sentido, hay autoras en la actualidad que han realizado valederos intentos por devolverle a De Beauvoir sus justos honores, entre ellas, Romero (2001), *La familia filosófica de Simone de Beauvoir*; López (2001), *La filosofía de Simone de Beauvoir*; Amorós (2001), *Simone de Beauvoir: un hito clave de una tradición*; Valcárcel (2001), *De Beauvoir: a cincuenta años del segundo sexo*.

Cabe señalar que, aunque esta obra fue escrita especialmente sobre y para las mujeres, no podríamos afirmar que su lenguaje sea asequible a la mayoría de ellas, sino más bien, ¿para una élite? Bien argumentada, explícita, interesante, no es utilizado un lenguaje sencillo y fácil de comprender. Esta podría ser una de sus debilidades, al mismo tiempo por su rigurosidad, una de sus fortalezas que merece la pena procurar conciliar en la actualidad.

Considero que ofrece, ¿por qué no?, renovadas alertas a los movimientos feministas. ¿En qué sentido su incapacidad de organización, unidad y coherencia ya no son “viejas” sino actuales debilidades?, ¿por qué parece imposible el diálogo y la construcción conjunta de propuestas políticas que nos incluyan? Tal pareciera que la fragmentación sigue calando hondo, a pesar del tiempo, y que nos falta mirar desde las mujeres que somos y no desde la posición social que alcanzamos.

Su lectura, más que críticas, ha despertado en mí nuevas interrogantes que me invitan a continuar profundizando en este tema del “pensamiento feminista y la historia de las mujeres”, un aprendizaje, de por sí, constante: ¿es realmente “histórico” el patriarcado?, ¿las mujeres “históricamente” han sido oprimidas?, ¿acaso podrían existir experiencias de relaciones diferentes?, ¿realmente todo hombre encarna al rey Candaule⁴?, ¿ese “imperialismo de la conciencia” determina irremediabilmente lo masculino?, ¿o cuánto también a lo femenino?

Cuestionamientos que me invitan a un análisis crítico de mis propios comportamientos y sistemas de valores. Preguntas que, sin duda, me exigen un reflexionar ético y político en el devenir cotidiano: ¿cuántas veces he valorado a mujeres como a las *Otras* por ser diferentes a mí?, ¿cuántas veces he sido reproductora de esta lógica que nos excluye?, ¿cuántas veces he reproducido los patrones masculinos para ganar en poder y autoridad?, ¿cuántas veces no he sido solidaria con otras mujeres?, ¿cuántas veces nos traicionamos a nosotras mismas teniendo un discurso y unas prácticas diferentes?, ¿cuántas veces hemos sido incoherentes y no hemos rectificado el camino?, ¿cuánto tiempo dedicamos a cuestionar una mejor manera de hacer las cosas, de construir valores de vida? En cualquier caso, persiste la sospecha y el ánimo de profundizar la búsqueda. Como apuntara Lagarde (2000:82),

4. “Todo hombre resucita más o menos al rey Candaule: exhibe a su mujer, porque cree así exhibir sus propios méritos” (De Beauvoir, 1949:227).

uno de los caminos necesarios para desarrollar una visión crítica que permita construir la autonomía vital de las mujeres.

Particularmente, esta resultó ser una lectura reveladora, fructífera, de constantes aprendizajes. Útil y necesaria para la comprensión de la historia del feminismo y de los múltiples mecanismos de los que se vale el patriarcado para perpetuarse. Camino que me ha permitido el descubrimiento, el análisis y la explicación de la objetivación de las mujeres, de su situación de opresión y subordinación; de su percepción y valoración desde la posición de lo inesencial, inferior, lo *Otro*, y de su realidad no inmutable ni estática sino con posibilidad de resignificarse, reinventarse, transformarse continuamente. La libertad al reto queda, pues, de nuestra parte. Muchas ya hemos comenzado.

Referencias

- Amorós, C. (2001). Simone de Beauvoir: un hito clave de una tradición. En: A. Valcárcel, & R. Romero (Eds.), *Pensadoras del siglo XX*. (pp. 103-122). España: Instituto Andaluz de la Mujer.
- Carro, F. (2002). *Tras la huella de El segundo sexo en el pensamiento feminista contemporáneo*. Oviedo: KRK Ediciones.
- Cixous, H. (1995). *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*. Barcelona: Anthropos.
- De Beauvoir, S. (1949 [1972]). *El segundo sexo. Los hechos y los mitos*, Vol. I. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Engels, F. (1970). *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Madrid: Fundamento.
- Lagarde, M. (1996). *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*. Madrid: Horas y Horas.
- Lagarde, M. (2000). *Claves feministas para el poderío y la autonomía de las mujeres*. Memoria. Málaga: Instituto Andaluz de la Mujer.
- López, P. T. (2001). La filosofía de Simone de Beauvoir. En: A. Valcárcel & R. Romero (Eds.), *Pensadoras del siglo XX* (pp. 87-102). España: Instituto Andaluz de la Mujer.
- Romero, R. (2001). La familia filosófica de Simone de Beauvoir. En: A. Valcárcel & R. Romero (Eds.), *Pensadoras del siglo XX* (pp. 73-85). España: Instituto Andaluz de la Mujer.
- Sau, S. V. (2000). *Reflexiones feministas para principios de siglo*. Madrid: Horas y Horas.
- Valcárcel, A. (2001). De Beauvoir: a cincuenta años del segundo sexo. En: A. Valcárcel & R. Romero (Eds.), *Pensadoras del siglo XX* (pp. 123-141). España: Instituto Andaluz de la Mujer.